Los tres días de fiesta del San «Cristo Gros» dejaron satisfechos á todos los villerenses y forasteros que á las fiestas concurrieron. Doña Prudencia, ya en el tren con toda su familia, de vuelta á la ciudad, decía á Don Rosendo:

—No me hables de volver á ese pueblo estúpido ¡He quedado de él hasta la coronilla!

Y pensaba: «¡Vaya unos tres días hermosos que hemos pasado! Yo procuraré volver el próximo año».

XV

Con la llegada del mes de Septiembre, se alegran los corazones y los gaznates de los aficionados al buen vino. Y el vino que se cosechaba en Villera era de los que no dejan lugar á los catadores dónde poner peros.

Lo que en otras partes de España se llama vendimia, en Villera se ha llamado siem-

pre «cullita», y la «cullita» de aquel año fué de las que dejan satisfechos á los labradores más ambiciosos.

Daba gusto ver todas las cepas de la Viñada cargadas de monumentales racimos, que se escondían bajo un fárrago de verdes y protectores pámpanos, y arrastraban por el suelo sus gruesas cuentas de satinados granos, que parecían próximos á reventar, según estaban de llenos del sabrosísimo zumo.

Los sarmientos, vestidos de follaje verde mar, se entrelazaban, extendiéndose en todo lo ancho de la viña, y, realmente, un mar semejaba aquel inmenso piélago de enracimados pámpanos; mar en el que lanzábanse á nado muchos hombres provistos de cesta y diminuta hoz, para recoger uvas y más uvas, que más tarde habían de convertirse en vivificante néctar.

El rubicundo moscatel; el sabroso «valenciá»; el «pich de gall», largo y agudo; la malvasía; el jerez, trasplantado, expatriado de la sin par región andaluza; la uva negra, prometedora de una atrevida competencia contra sus rivales de la Rioja, de Bourdeaux,

de Valdepeñas, del Priorato y de Alicante, y la pasa dulcísima, caían al golpe terrible de la pequeña hoz, manejada diestramente por los vendimiadores.

Y un sol terrible, ardoroso, vientre de fragua, que se deshacía en rayos fulminantes, azotaba de plano las espaldas de los que entre el revuelto maremagnum de pámpanos y sarmientos, hacían la «cullita», felices y cantando aires apropiados á su penosa tarea.

¡Días hermosos los de la «cullita»! Paseábase Juan Ramonclá entre los vendimiadores, atento al trabajo, que sus ojos contemplaban embobados, y henchido el corazón de felicidad. ¡Qué «cullita», Señor, qué «cullita»! No se podía pedir más á las pobres cepas.

Bajo los olivos que bordeaban la extensa viña, las chaquetas de los labradores resguardaban el fresco de los cántaros de agua y de las repletas botas de un vino que ya iba haciéndose viejo. Por los anchos «caminals», que dividían en secciones los bancales, iban y venían las mulas con las «portadoras», dos grandes cubos ovalados hechos

de duelas, donde se partían las apretadas y maduras uvas, que inflamaban los ardientes rayos que desde el cielo desprendíanse implacables.

Y en los bancales, hombres y mujeres se ocupaban en despojar á las cepas de su rico fruto, impasibles á la atmósfera incendiada y asfixiante, trabajadores, animosos, participando del goce que el amo sentía al verse en medio de tan espléndida «cullita».

Entre las mujeres, en su mayoría viejas, pues las jóvenes villerenses son muy poco aficionadas á las labores campesinas, no faltaban muchachas modestitas, humildes hijas de jornaleros, que con las sayas recogidas hasta media pierna, llenaban también sus respectivas cestas con prisa y donaire.

Jaleábanlas los mozos con intención y atrevimiento y alguna recibía en parte blanda perdidos pellizquitos, que hacían estremecer su cuerpo abrasado y con escalofríos de presentidas delicias.

Lejos, cantaba Antón, el viejo masober, que sólo en aquella época del año sentíase alegre, una cancioncilla de sus tiempos:

«Tots els que tenen viñas
passan molt mal l' hivern;

mes á l' istiu se trovan
las viñas com un cel.
Els ceps s' omplan de fullas
y cantan els aucells,
fa 'l pagés la cullita
dichos y juganer.
Pagés, pagés,
l' istiu tot ho floreix.»

Y los vendimiadores repetían, todos á un tiempo, el estribillo:

«Pagés, pagés,
l' istiu tot ho floreix».

Las notas somnolientas de esta monótona canción, se perdían entre el continuado cascabeleo de las mulas y las risas alocadas de las mozas, que recibían frecuentes y descarados piropos de sus compañeros jóvenes.

Por allí andaba dando vueltas Esteban Carré, sin dejar en paz á las pobres muchachas, con sus disparos de impertinente incorregible.

—Oye tú, Magdalena,—decía á una de las jóvenes vendimiadoras,—tápate esas pantorrillas, que las tienes como patitroques y no pueden hacer pensar á nadie cosas malas.

Y en seguida á otra:

—Tú, Madrona; no te agaches tanto sobre las cepas, que se puede vaciar la delantera. ¡Cristo, qué cornisa! ¡Buen colchón estás tú hecha, indina!

Y luego á Antón:

—¿Queréis callaros, grillo viejo? ¡Vaya un sonsonete que se me trae esta antigualla carcomida!

El viejo seguía cantando lo mismo:

«Tots els que tenen viñas
passan molt mal l' hivern....»

El coro sostenía el irritante estribillo:

«Pagés, pagés,
l' istiu tot ho floreix».

Las cestas repletas de uvas, cuyos granos reventaban, destilando azucar líquido, vaciábanse en las «portadoras», las cuales eran cargadas, de dos en dos, sobre las albardas de las mulas, y éstas emprendían el camino de la Masía, para vaciar en el «cup» la sabrosa carga. Caminaban las cansadas bestias por el «caminal» abierto entre los bancales, con paso fatigoso y recibiendo en sus ancas endurecidas los trallazos de los mozos, que iban tras ellas silbando una canción popular, in-

terrumpida, de vez en cuando, por un taco rotundo, seguido de un «¡arre!» furioso. Sonaban alegres los cascabeles y balanceábanse, crugiendo, las «purtadoras», de las que goteaba un zumo pegajoso como jarabe. Sobre la carga revoloteaban con incesante zumbido un ejército de moscas, que en vano trataba de sacudir á zurriagazos el mozo que guiaba las caballerías.

Y en la villa seguía haciéndose la «cullita» entre cantos, chismes y carcajadas, bajo el calor de un infierno dorado y suspendido en las inconmensurables alturas.

Algunas vendimiadoras, no pudiendo resistir ya el ardor y picazón de sus espaldas, refugiábanse un momento bajo los olivos, buscando fresco y un trago de vino con que remojar sus jaznates resecos. Entre ellos estaba Quico Amorós, el dependiente del Casino, que, en tiempo de «cullita» pedía permiso á su amo para ganarse algunos reales trabajando en las viñas.

Quico, acostumbrado á la sombra del salón de billares, se rendía pronto á trabajar bajo los rayos del sol de Sepriembae Visitaba los olivos con más frecuencia que sus

compañeros y dábase cada atracón de agua, que parecía imposible que cupiera tanta dentro de un cuerpo humano. El vino no lo catabа, era «aiguader» y sentía un extraño horror á la borrachera.

Por centésima vez, sentóse Quico aquel día á la sombra de un olivo, no haciendo ningún caso de las bromas que los demás payeses le dirigían y contestando á todas ellas con su «¡hala!.....¡hala!» de costumbre. Su rostro aplastado estaba teñido de rojo, llameaban sus ojos estúpidos y por su blanco pecho, que dejaba ver la obertura de la camisa, corría el sudor abundantísimo.

Quico estaba enfermo, sentíase mal; la cabeza le dolía mucho y las piernas carecían de aquella agilidad que asombraba á los socios del Casino.

Tendióse en el suelo y se quedó como dormido, con los ojos cerrados y respirando con fatiga. Algunos de sus compañeros continuaron importunándole con bromas de mal gusto. Uno de los que trabajaban cerca del olivo bajo cuya copa descansaba el pobre Quico, le disparó con fuerza un racimo de uvas. El racimo fué á chocar contra la cara del in-

feliz tonto, llenándosela del molesto y pegajoso líquido.

Quico se echó á llorar, y llorando, haciendo dolorosas muecas, era feísimo, grotesco, horrible.

—No pegarme, —dijo trabajosamente y tragándose sus lágrimas, revueltas con el zumo que el racimo de uvas había dejado en su rostro; —no pegarme.....¡Hala!.....Yo..... tengo mal.....Yo....¡Hala!

—¡Haragán!— gritaban los otros, sin hacer caso de sus quejas. ¡A trabajar! ¿Qué haces ahí, grandul? ¡Ea, arreadle un par de palos, á ver si se despabila un poco!

Quico, siempre llorando, repetía con lastimero hipo:

—¡Hala!....¡Hala!....Yo....malo; tengo mal ...Yo....No pegarme

El infeliz muchacho inspiraba pena profunda. La misma fealdad de su cara, contraída por una mueca de dolor apayasada y que bañaban copiosas lágrimas, hubiera encogido el corazón de un hombre menos acostumbrado que aquellos gañanes á burlarse del tonto.

Enteróse Juan Ramonclá de lo que sucedía, y acercándose al pobre Quico, le dijo, después de contemplar su triste figura por algunos momentos:

—Lo que te sucede es que el sol te hace daño. Anda, vete al «cup» y ayuda allí á los que pisotean las uvas.

Cogió Quico su chaqueta, y levantándose con trabajo, se dirigió á donde el viejo Ramonclá le indicaba, andando no muy firme y sin parar en su llanto de chiquillo. Los payeses le apedreaban con racimos de uvas y terrones, enviándole también las bromitas acostumbradas.

—¡Esto es causa de un atracón de Teresa Llorens!—gritaban

—¡Para que te metas en amoríos!

—¡Esta Teresita va á ser tu perdición! ¡Te está matando!

Los bromas eran groseras, obscenas, y cuánto más burdas, más se celebraban. Quico las oía impasible como siempre. Lo que de veras le molestaban, eran las pedradas y los racimazos de los crueles gañanes.

Cuando el tonto encontróse en lugar seguro, bastante apartado de la viña, se tumbó á la sombra y sobre la yerba, y allí estuvo

Sobre las tablas del «cup», había quedado un alto rimero de racimos, que desparramaron a puntapiés los cinco mozos, lanzándose luego á la danza interminable. Sus pies se hundían entre los racimos, produciendo un «chep chep» incesante y monótono. Entraban en el «cup» los rayos del sol tardío, extendiéndose sobre las uvas y arrancándolas asomos del destello. El lagrimeo del fondo aumentaba.

De la cosecha asombrosa de la Viñada se hablaba en toda Villera, y á la Viñada iban muchos villerenses curiosos por presenciar tal derroche de uva madura. Ramón Serra pasó algunas horas viendo recoger el fruto en la viña y fuése después al «cup» para ver si el vino subía muy alto del depósito.

—¡Buenas tardes!—dijo á los cinco mozos, que no dejaban de bailar un momento—Esto es un pasmo; los Ramonclá vais á salir ricos de esta cosecha.

—¡Buena, buena ha sido!—murmuró, reventando de orgullo, Félix.—Pero no somos nosotros solos los afortunados; en toda la comarca ha sucedido lo mismo. ¡Buen año, como hay Dios!

—Si, es cierto, —confirmó el jorobeta;—ha sido buen año para todos ¡Falta hacía! Los pobres payeses tendrán ya para comer carne.

Estaba frente al «cup» con las manos metidas en el bolsillo del pantalón y como embobado viendo bailotear de tan extraña manera á los mozos. Respirábase una atmósfera acre y muy cargada y los cinco «pisadores» jadeaban fatigados.

Quico mostrábase algo torpe, resbalando con frecuencia y pasando mil apuros para sostener el equilibrio

—¡Anda más listo! -le gritaba Félix.—Parece que te pesan los pies.

Y Quico hacía cuanto le era posible para andar más listo. Pero siempre que tal cosa intentaba, menudeaban los resbalones, aumentando, á la par, los apuros.

—El amor lo pone malo, señor Mon,—dijo á Serra uno de los mozos.—Esa Teresita...

Quico rezongaba:

—¡Hala!... ¡Hala!

Siguieron las bromas un buen rato, y después, Serra cambió de conversación.

¿Qué tiene Basilio que está tan callado?—preguntó.—¿Qué te pasa, chico?